

Con Marcelino, desde la mayoría

Las peleas en la izquierda suelen presentar características fraticidas.

Unos disculpan el enconamiento aludiendo a que en nuestras filas se discute por principios mientras que en la derecha priman los intereses. Otros creemos que la dureza de las polémicas tienen mucho que ver con la persistencia en nuestra cultura de hábitos de intolerancia que todavía no viven con normalidad la discrepancia y, lejos de considerar legítimas y enriquecedoras las diferencias de opinión, se empeña en buscar traidores o vendidos.

Como quiera que sea, la imagen que muchos y muchas se llevaron del VI Congreso Confederado ha sido la de esos diez minutos de tensión y ruido que acompañaron la votación de una enmienda de Castilla La Mancha sobre las funciones del Presidente de CC.OO.

Desdramaticémosla e intentemos avanzar. El VI Congreso tenía la difícil papeleta de resolver el conflicto que en la dirección de CC.OO. se había planteado con un presidente, Marcelino, desdiciendo y criticando públicamente las decisiones de la mayoría confederal.

Como muy bien supo argumentar Agustín Moreno, se trataba de un conflicto entre el corazón y la razón. Entre el cariño y el respeto que nos merece la trayectoria vital de Marcelino Camacho y la opinión razonable y mayoritaria de que debía cesar una presidencia que, en vez de representar a toda la organización, se había alineado beligerantemente con una de las opciones y había quedado en minoría.

En la comisión de candidaturas, abierta a los medios de comunicación, quienes representaban a la mayoría ofertaban dos salidas a la situación. La primera, no presentarle para no exponerle a un masivo voto en contra. Como cuentan que dijo M^a Jesús Paredes, Secretaria General de Banca, “la mayoría no quiere pasar como un tren por encima de Marcelino; pero para ello alguien tiene que sacarle de la vía”. Si esta solución no era aceptada, se proponía una salida más clara: su inclusión en las candidaturas de quienes habían hecho de la figura de Marcelino su estandarte pues, no en vano, la candidatura mayoritaria iba encabezada por Antonio Gutiérrez.

No fue posible el acuerdo y ambos líderes sometieron su gestión a la valoración democrática de los congresistas. Y entonces fue Chema de la Parra quien lo explicó con acierto: “No se juzga la historia de CC.OO. ni la aportación de Marcelino a esa historia colectiva, no se votan las indudables cualidades personales de nadie sino la posibilidad de mantenerse otros cuatro años con una dirección bicéfala, al modo del Doctor Jekyll y Mister Hyde”.

Y los congresistas, con la cabeza fría y el corazón triste, votamos.

Y después de votar, de ejercer en libertad el derecho a la crítica que, Marcelino entre otros, nos legaron nuestros mayores, nos gustaría poder hablar también con el corazón y decirle a Marcelino, desde la legítima discrepancia sindical, que le seguimos queriendo, admirando, respetando. Aunque, como trataba de decir otro compañero, el nuestro no sea un amor ciego -que son amores que matan- sino que es un amor con matices, los ricos matices que construyen la izquierda social y política.

Juan Carlos Jiménez

